

RESEÑAS

LA SOCIOLOGIA EN COLOMBIA*

Fernando Cubides

Que una buena porción de los trabajos de los sociólogos, una porción mayoritaria haya estado dedicada al autoexamen, al análisis de las condiciones que rodean el desarrollo de la propia disciplina, no es, por fuerza, indicio de madurez. Esa curiosa especialidad que se denomina con expresión redundante "Sociología de la Sociología" ha tenido entre nosotros mayor desarrollo que cualquiera de las restantes. El esfuerzo de definición y redefinición, el examen de las condiciones que la hacen posible o que la convierten en necesaria ha sido una constante desde que se introdujo la Sociología como disciplina académica.

Si en un principio, cuando se trataba de aclimatarla, tales defensas de la sociología, de su carácter específico, de la virtualidad de su objeto de estudio, de las bondades —en abstracto, de uno u otro de sus métodos particulares, resultaban indispensables, en la medida en que se reiteran pierden su eficacia, expresan una debilidad básica. La prueba es que los balances son cada vez más críticos, tanto porque a partir de un paradigma de la ciencia social muestran las deficiencias de lo que entre nosotros se conoce como tal, como porque una y otra vez constatan la existencia de una crisis en la producción de conocimiento y calidad de lo alcanzado.

Pero en este caso se trata del balance hecho por el más conspicuo de los sociólogos colombianos. Tras el retiro de la generación de los fundadores, alguno de los cuales da por ya acabada su obra, nadie osaría disputarle a Cataño el ser el más caracterizado de los sociólogos colombianos; podría decirse incluso, el sociólogo colombiano por antonomasia. El suyo es pues un balance crítico autorizado. Nadie como él ha asumido la apología del oficio del sociólogo hacia quienes no lo comprenden, nadie como él ha asumido el papel de crítico interno y analista de sus carencias. Presidente de la renacida Asociación Colombiana de Sociología, la cual es una mezcla de asociación de profesionales (gremio) y de sociedad docta (academia), nos ofrece entonces, en su precepción, el compendio de lo

existente. Un libro que equivale a aquellos libros de texto en que se presentan sumariamente a una disciplina que así sea de modo precario ha llegado a sus niveles de standardización. Aunque no se lo haya trazado como objetivo, pues se trata de un conjunto de artículos escritos con finalidades diversas y en fechas distintas, el tono de todos ellos, la ligazón temática que se advierte, le da ese carácter de libro de texto, de resumen oficial del estado de la disciplina en el país. Hasta en su composición y tal vez sin que el autor se lo haya propuesto, se expresa esa correspondencia: tres son las partes del libro como tres las etapas del desarrollo de la Sociología en Colombia.

En la primera parte se nos ofrece "el estudio detallado de su historia (la de la Sociología) más reciente". No es tan detallado sin embargo, ya que los tres artículos, salvo alusiones, están dedicados de lleno a los problemas de la enseñanza de la sociología, de las orientaciones que prevalecen en la formación de los sociólogos. La sociología extra-académica, aquella que se configura con la labor diaria del sociólogo ya formado, apenas da señales de vida. Y si ello obedece a la realidad habría que adelantar algún tipo de explicación, así consista, como parece inferirse de lo que argumenta Cataño, que deba atribuirse a vacíos y errores en la dicha formación. En otras palabras, esa sociología sólo aparece en el apartado "Dificultades laborales de los Sociólogos" y como resultante exclusiva de las deficiencias de la formación. Y si trata de eludir la exhortación pedagógica, de hecho incurre abundantemente en ella como se puede ver: si esas dificultades nos remiten —y no podía ser de otro modo tratándose de un análisis sociológico— a "una constelación de factores derivados en buena parte de la estructura social", la exhortación pedagógica se trasluce en el tipo de conclusiones a que da lugar ese recuento de la historia reciente y al llamado del tercer artículo a rescatar la sociología. Rescate indispensable y posible a condición de cambiar la orientación que se imparte a los sociólogos. Extraviados pues "perdieron el objeto y la naturaleza de su disciplina. Desecharon sus métodos, sus técnicas y sus formas de aproximarse a los fenómenos sociales". Y si bien

ese extravío ocurrió en la década de los setenta, se halla vigente todavía como se deduce del apremiante llamado al rescate. Al tiempo, en esta primera parte, discierne Cataño el papel de los clásicos en la formación del sociólogo y en el desarrollo mismo de la disciplina. Es menester una nueva lectura de ellos, se concluye. Hay que redefinir su papel. Y no resulta claro cómo se ha llegado a ese servilismo frente a los grandes autores si una de las generalizaciones que establece el primero de los artículos es el que "rara vez hay un contacto con los grandes autores o con los pensadores más representativos de una escuela" (p. 20). Y no resulta claro porque la anterior generalización se ha establecido para el conjunto de la historia de la sociología, según aparece en el enunciado. Cataño se propone demostrarnos enseguida en qué consiste una buena y enriquecedora lectura de los clásicos. Puesto que se ha detectado precisamente como error de formación una lectura piadosa, una mera exégesis de los pensadores. De la exégesis se llega a hacer una mala palabra a fuerza de considerarla negativa. No es para Cataño el escalón necesario para arribar a la comprensión adecuada, a la asimilación crítica. Exégesis es sinónimo de lectura piadosa (lo que no sabemos es que sea lo contrario de la lectura piadosa: ¿una lectura impía?). Y esa demostración propuesta de una lectura enriquecedora, que constituye la segunda parte del libro, es bien vista un modelo de exégesis. Puesto que si no se ensarza en disquisiciones vanas, valga el ejemplo, sobre lo que dijera Weber la noche anterior a su reclusión en un asilo de dementes, se esfuerza sí en comprender los antecedentes intelectuales, la lógica interna de los textos en conexión con "los rasgos de la estructura social de la Alemania que le tocó vivir sin omitir las singularidades de su propia biografía", un estilo de interpretación y asimilación crítica para el cual la genuina exégesis no sólo no es un impedimento sino el requerimiento previo. Esta segunda parte, que es con mucho la mejor del libro, titulada "El legado Sociológico", no contiene en todo caso aquello que el propio Cataño había formulado como un condicionante para no quedar en la exégesis: una mínima confrontación de los autores examinados "en el terreno de la investiga-

* Gonzalo Cataño: *La Sociología en Colombia*. Plaza & Janés, Bogotá, 1986.

ción", una asimilación que contribuya a formar "individuos con habilidades para resolver problemas cotidianos". Y es que como nos lo enseña la propia tradición de pensamiento a la que Weber pertenece, la conexión que existe entre la exégesis, la interpretación y la crítica es la salida a aquella encrucijada en que quedaron atrapadas por un tiempo las ciencias sociales cuando se implantó de modo mecánico el modelo de conocimiento de la ciencia natural.

De cualquier modo, leyendo esta segunda parte del libro, resulta más disculpable el extravío en que incurren aquellos "jóvenes egresados que reemplazaron al grupo de fundadores" y que se atiborraron de cátedras "sobre Marx, Durkheim y Max Weber y de seminarios sobre la historia social e intelectual de los Siglos XVI, XVII y XVIII europeos". Uno de los resultados de tan formidable esfuerzo es que, ay!, ya no son tan jóvenes. Es notable que en el segundo de los artículos de esta segunda parte y definiendo a uno de los clásicos de la Sociología nos exhorta a aprender la lección: "La gran lección que debemos aprender de Parsons es la asimilación de la mejor tradición sociológica, a fin de evitar falsos problemas e iluminar en forma creativa nuestro trabajo de investigación". Y como lo confiesa Parsons en su autobiografía y lo ratifica Cataño en su semblanza de Parsons lo mejor de esa tradición sociológica tiene la

impronta europea. Pero sin ir a otra latitud, hace poco Gutiérrez Girardot recordaba que tal era el ideal de Bello para la Universidad Latinoamericana, y un ideal no trascendido: la asimilación crítica del saber europeo.

La tercera parte del libro está dedicada a la controversia. La primera de ellas consiste en refutar las afirmaciones que sobre la inutilidad de la sociología hiciera en forma de chascarrillo un periodista iconoclasta. Un poco desproporcionada frente a aquello que controvierte, pues le da entidad de postura epistemológica a lo que no es sino una boutade, y por esa vía la magnífica. Con esa salvedad, hay allí una breve y útil definición de la disciplina, de las líneas generales de su desarrollo y de sus aportes a la explicación de nuestra realidad social. Todo ello de modo sumario. El libro termina con una buena crítica de los errores y vacíos que se contienen en un documento en que se pretendió basar la política de desarrollo de las ciencias sociales por las agencias gubernamentales correspondientes, demostración, esta sí, de la utilidad del saber sociológico por ser ya no simplemente enunciativa sino práctica, como que constituye una clara y exitosa incursión en el terreno de las decisiones.

Nuestra apreciación final es que no existe ahora, como a finales de la década del 50 cuando apenas se la introducía en los

programas universitarios, un ambiente valorativo adverso a la sociología que haga indispensable una defensa de su naturaleza propia, de sus bondades y beneficios. Ambiente que requiera una prédica de la Sociología en tierra de gentiles, y la consiguiente admonición a los relapsos. Existe sí un cúmulo de demandas concretas de investigación no satisfechas todavía. Defender la sociología, o rescatarla, no implica ahora comenzar por definirla y diferenciarla en su especificidad respecto de las demás ciencias sociales y humanas —significa demostrar en concreto cómo responde a esa demanda de investigación existente. Y en esa dirección hay realizaciones que bien debieron ser incluidas en un libro con el título y el objetivo que éste se trazó. Los propios trabajos investigativos de Cataño en Sociología de la Educación, el fundamento empírico con que cuenta, constituyen mejor argumento, una respuesta sustantiva, que algunos de aquellos a los que apela nuestro autor en su fervorosa defensa del quehacer del sociólogo. Esa sociología de hoy, esa sociología en acción que en la primera parte el autor reclama, cuyas bondades predica pero cuyas realidades parece empeñado en no ver, existe, no requiere ser defendida con enunciados, sino con una crítica que parta de reconocerla como existente así se la considere exigua todavía frente a la labor por hacer. La Sociología de la Sociología no es una prioridad hoy, la sociología concreta sí.

Hernández Manuel (1928 -)

"Línea y Trama No. 1"
Tinta/papel bond
50 x 35 Cmts.
137/85

